



La Dirección de San Pedro: un camino espiritual

A muchos nos ha ocurrido que cuando deseamos algo con mucho ahínco ponemos todos los medios y esfuerzos necesarios para conseguirlo. Si la meta es grande, incluso se nos ocurren estrategias y modos de obrar con el fin de alcanzar con mayor facilidad lo que buscamos. Algo similar ocurre con la vida cristiana. Nuestra meta — lo sabemos bien— es alcanzar la santidad. Es decir, configurarnos con el Señor Jesús y alcanzar la plenitud de la caridad. Sin embargo, muchas veces erramos en el camino y somos negligentes en responderle al Señor. Si para alcanzar bienes materiales y muchas veces efímeros ponemos tanto empeño, ¿por qué no hacer lo mismo para alcanzar la santidad? Como sabemos bien por experiencia, no se trata sólo de poner esfuerzo y empeño. Es necesario saber hacerlo con inteligencia. Es decir, implica tener un camino, un método que nos ayude a conseguir nuestra meta.

Ahora bien, es necesario hacer aquí una precisión que es muy importante: por la naturaleza del fin que perseguimos en la vida cristiana, conseguir la meta de la santidad no depende sólo de nuestro esfuerzo. Por el contrario, lo fundamental es la gracia que Dios derrama sobre nosotros, sin la cual nada podríamos hacer para avanzar en ese camino hacia la santidad. Sabemos bien que la iniciativa es de Dios y que nosotros debemos cooperar con esa gracia divina. Se trata entonces de ser inteligentes y ordenados en nuestra lucha por la santidad, encauzar nuestros esfuerzos para crecer paso a paso, permitiendo que la fuerza divina vaya desarraigando los vicios propios de nuestro hombre viejo y revistiéndonos del hombre nuevo¹.



Un método para crecer en santidad

En su Segunda Carta, San Pedro nos propone precisamente un método para avanzar paso a paso por el camino de la santidad. La espiritualidad sodálite ha procurado profundizar en este camino espiritual propuesto por el Apóstol, a quien Jesús eligiera como roca de la fe y cabeza de la Iglesia. Esta *Dirección de San Pedro*, como se ha

venido a llamar este pasaje, se encuentra en 2Pe 1,1-11, y nos invita a ser «partícipes de la naturaleza divina»², «poner todo empeño» para el crecimiento en las virtudes, y poder tener así «amplia entrada» en el Reino eterno. La *Dirección de San Pedro*, es importante resaltarlo, es un camino cristocéntrico. Es decir, «partiendo de la fe, conduce al encuentro con el Señor Jesús, tiene a Cristo como centro de toda su dinámica, y tiene como fin la configuración con Él, lo que significa además la armonía de nuestras facultades, de todo nuestro ser en sentido integral, en sus dimensiones corporal, psicológica y espiritual»³.

El pasaje de la carta en el que encontramos la *Dirección de San Pedro* es de gran profundidad y riqueza. Nos recuerda que por medio de la gracia «nos han sido concedidas las preciosas y sublimes promesas»⁴. ¿De qué promesas habla el Apóstol? Nos habla de que no

«poner todo empeño» para el crecimiento en las virtudes, y poder tener así «amplia entrada» en el Reino eterno.

seremos ni «inactivos ni estériles para el conocimiento perfecto de nuestro Señor Jesucristo»⁵. Nos dice que «obrando así, nunca caeréis», y que «se os dará amplia entrada en el Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo»⁶. En efecto, son promesas hermosas, que anhelamos todos. San Pedro nos habla también de la necesidad de huir «de la corrupción que hay en el mundo por la

concupiscencia»⁷, puesto que ella nos prueba y da lugar en nosotros al pecado⁸.

Se trata, pues, de un camino en el cual Dios nos da la fuerza necesaria, nos acompaña en el combate espiritual, y nos invita a cooperar con la acción del Espíritu para dar frutos de santidad en nuestra vida. Como recuerda el *Catecismo de la Iglesia Católica*, «el mérito del hombre ante Dios en la vida cristiana proviene de que Dios ha dispuesto libremente asociar al hombre a la obra de su gracia. La acción paternal de Dios es lo primero, en cuanto que Él impulsa, y el libre obrar del hombre es lo segundo en cuanto que éste colabora, de suerte que los méritos de las obras buenas deben atribuirse a la gracia de Dios en primer lugar, y al fiel, seguidamente»⁹. Esa cooperación con la gracia se da, de modo concreto, en el empeño que debemos poner para avanzar en el camino de la virtud.

De virtud a virtud

Todo método tiene pasos, una secuencia, un camino con etapas. En el caso de la *Dirección de San Pedro*, los pasos que propone nos ayudan a responder con orden y sentido a la gracia que Dios derrama sobre nosotros. De este modo, nuestros esfuerzos serán mejor encauzados, y podemos avanzar con mayor seguridad hacia la meta a la que el Señor nos llama. Estos pasos, o escalones, son una serie de virtudes interconectadas entre sí, originada en la fe y cuya meta es la caridad. La *Dirección de San Pedro* tiene como núcleo los versículos 5 al 7, donde el Apóstol nos sugiere, a partir de la fe, una auténtica escalera espiritual, que tiene como pasos la virtud, el conocimiento, la templanza o dominio propio, la tenacidad o paciencia nutrida de esperanza, la piedad, el amor fraterno y la caridad. Esos son los pasos que debemos dar, los *escalones* por los cuales vamos subiendo hacia la meta: la perfección de la caridad. Son virtudes claves en la vida cristiana, a tal punto que – nos dice San Pedro– «quien no las tenga, es ciego y corto de vista: ha echado al olvido la purificación de sus pecados pasados».

Poniendo todo nuestro empeño

Es importante recordar que San Pedro nos invita a poner nuestro mejor empeño en este camino espiritual. Si cooperamos

con la gracia divina, abriéndonos a la fuerza transformante del Espíritu Santo, alcanzaremos las virtudes señaladas por San Pedro, teniéndolas «en abundancia». Recordemos que el Apóstol nos pide *huir de la concupiscencia*. Eso, de por sí, implica ya una decisión libre y consciente de nuestra parte, y es consecuencia del compromiso que hemos asumido con Dios, en nuestro Bautismo, de *renunciar a Satanás y a todas sus seducciones*. Ahora bien, es sabido que en un viaje no basta con evitar los malos caminos; es necesario avanzar por el buen camino, recorrer las buenas sendas. De igual manera, en el deporte no basta con no lesionarse, o no perder la concentración; es fundamental fortalecerse, adquirir y mejorar las habilidades, elaborar estrategias.

En este sentido, San Pedro nos exhorta: «poned el mayor empeño». Nuestro empeño, en comparación con la fuerza de Dios, puede parecer algo poco significativo. Sin embargo, no es auténticamente cristiana una actitud pasiva, indiferente ante la generosa gracia de Dios. La tierra buena de la que nos habla Jesús en su parábola se hace fértil por la escucha de la Palabra de Dios y por ponerla en obra, de modo que la semilla de salvación que ella porta pueda crecer y fructificar el ciento por uno. Por tanto, junto a la convicción de que primero está siempre la gracia de Dios, debemos poner cuanto esté a nuestro alcance para que esa gracia no caiga en saco roto.

San Pedro nos exhorta: «poned el mayor empeño».

Interioricemos la exhortación de San Pedro: «Por tanto, hermanos, poned el mayor empeño en afianzar vuestra vocación y vuestra elección por las buenas obras». La *Dirección de San Pedro* es un camino espiritual que nos invita a poner nuestro mayor empeño en cooperar con la gracia de Dios. Así, paso a paso, transformados interiormente por el Espíritu divino, iremos despojándonos de nuestros vicios y pecados — del hombre viejo— y revistiéndonos de las virtudes del hombre nuevo que es Cristo, hasta alcanzar en Él la perfección de la caridad.

GUÍA PARA LA ORACIÓN

1. Invocación inicial:
En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.
2. Preparación:
 - a. Acto de fe en la presencia de Dios.
 - b. Acto de esperanza en la misericordia de Dios.
 - c. Acto de amor al Señor Jesús y a Santa María.
3. Cuerpo:
 - a. Mente:
 - Medito en el en sí del texto.
 - Medito en el en sí-en mí del texto.
 - b. Corazón:
 - Elevo una plegaria buscando adherirme cordialmente a aquello que he descubierto con la mente y abriéndole mi corazón al Señor.
 - c. Acción:
 - Resoluciones concretas.
4. Conclusión:
 - Breve acto de agradecimiento y súplica: al Señor Jesús y a Santa María.
 - Rezo de la Salve u otra oración mariana.
5. Invocación final:
En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Soy consciente de que mi vida espiritual necesita un orden, una estrategia, un método?
2. ¿Qué es la *Dirección de San Pedro*? ¿De qué forma me puede ayudar en el camino hacia la santidad? ¿Conozco las virtudes que San Pedro me recomienda vivir?
3. ¿Confío en las promesas divinas? ¿Soy consciente de todo lo que el Señor Jesús ha hecho y hace hoy por mi salvación?
4. ¿Qué tanto me esfuerzo por cooperar con la gracia que el Señor siempre está derramando en mi corazón? ¿Qué tanto me esfuerzo por vivir las virtudes de la *Dirección de San Pedro*?

CITAS

- ¹ Ver Col 3,5-17; Ef 4,17-32.
- ² 2Pe 1,4.
- ³ Kenneth Pierce, *La escalera espiritual de San Pedro*, Fondo Editorial, Lima 2010, pp. 72-73
- ⁴ 2Pe 1,4a.
- ⁵ 2Pe 1,8.
- ⁶ 2Pe 1,10b-11.
- ⁷ 2Pe 1,4c.
- ⁸ Ver Sab 4,1; Stgo 1,14-15; 1Jn 2,16-17.
- ⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2008.
- ¹⁰ Sobre cada una de las virtudes y su progresión, tratará el siguiente *Camino hacia Dios*.
- ¹¹ 2Pe 1,9.
- ¹² Ver 2Pe 1,5.
- ¹³ 2Pe 1,8.
- ¹⁴ 2Pe 1,5.
- ¹⁵ Ver Mc 4,29 y paralelos.
- ¹⁶ 2Pe 1,10.

CITAS PARA LA ORACIÓN

La Dirección de San Pedro: 2Pe 1,1-11.

Ser partícipes de la naturaleza divina: 1Jn 4,8.16; 2Pe 1,4b; Ef 1,3-13.

Alcanzar la semejanza con Cristo: Col 1,15; Rom 8,29.

Creer hasta la plenitud de la caridad: 1Cor 13; Jn 15,12-13; Flp 2,5ss.